

AQUELLOS HÉROES EN SEPIA

Paavo Nurmi, Spiridon Luis, Alfred Hajos o Ray Ewry...Entre tanto otros, fueron los héroes de un período en que el deporte apenas comenzaba a normarse. Cuando la gimnasia la competían al aire libre; cuando el atletismo se practicaba en pista de ceniza, sin fotofinish ni anemómetro; cuando la bala se lanzaba a doble mano y cuando las distancias que entonces hacían furor, hoy nos resultan muy poco ortodoxas. Muchos eventos se descontinuaron hace más de un siglo, pero la memoria colectiva los guarda con emoción pues allí nacieron los primeros astros deportivos de la era Moderna.

Por María Elena Guzmán M.

TEXTO:

El niño Alfred Guttmann tenía 13 años cuando la vida le abrió las aguas para siempre: un día de 1891 estaba junto a su padre en la zona de puerto de Budapest, a orillas del Danubio, cuando de pronto el hombre perdió pie, calló al río y comenzó a ahogarse... El jovencito no lo pensó dos veces y aunque desconocía aún su enorme capacidad de bruceo, se lanzó a la corriente para tratar de salvarlo. Y fue a partir de entonces que le llamaron Alfred "Hajos", que en Húngaro significa marinero, en honor a su heroico gesto y a su notable natación. Cinco años después, en 1896, "Hajos" se inscribiría en una cita peculiar pero histórica: los primeros Juegos Olímpicos de Era Moderna, que en abril de ese año se desarrollarían en Atenas...y el resultado fue magnífico: el húngaro se convirtió en el primer campeón olímpico de natación y ganó dos medallas de oro, en los 100 metros libre y en un evento que hace más de un siglo se borró del programa olímpico, como fueron los 1.200 metros.

Y mientras "Hajos" ganaba en el mar, otro puñado de hombres lo hacía en tierra firme, como el aguatero griego Spiridon Louis quien corrió entre el puerto de Maratón y Atenas para ganar un poco ortodoxo maratón de 40 kilómetros (la distancia oficial actual es de 42 kilómetros); o como el gran gimnasta alemán Hermann Weingartner, brillante frente a las anillas con poleas...

Son pruebas que hoy nos parecen extrañas, tanto así como el lanzamiento de la roca, que en los Juegos de 1906, también en Atenas, verían ganar al helénico Nicolaos Georgantas con un tiro de 19.925 metros; como el salto largo y el salto alto sin impulso, que tuvieron como rey al estadounidense Ray Ewry; como los 100 metros sin tacos y sin demarcación de calle, donde el primer triunfo olímpico se lo anotó Thomas Burke; o como la carrera de cross country pedestre que tendría como punto culminante al gran fondista finlandés Paavo Nurmi, máximo exponente de una era que hoy recordamos en sepia, pero que en los albores del deporte olímpico definitivamente se vivió a todo color.

Fueron los héroes de un período en que el deporte apenas comenzaba a normarse. Cuando la gimnasia la competían al aire libre; cuando el atletismo se practicaba en pista de ceniza, sin fotofinish ni anemómetro; cuando la bala se lanzaba a doble mano y cuando las distancias que

entonces hacían furor, hoy nos resultan muy poco ortodoxas. Muchos eventos se descontinuaron hace más de un siglo, pero la memoria colectiva los guarda con emoción pues allí nacieron los primeros astros deportivos de la era Moderna.

EL AGUATERO DE ATENAS

Por las calles de Atenas, Spyros Loues repartía el agua en pesados cubos. Era 1896 y la ciudad contaba aún con pocos servicios básicos como el agua potable. Loues no era un atleta, pero su esforzado ejercicio de vivir lo había hecho fuerte recorriendo largas distancias. De hecho, en su servicio militar había destacado por su resistencia y debido a ello, cuando se abrieron las inscripciones para los Primeros Juegos Olímpicos de la Era Moderna, su mentor en la milicia, el coronel Papadiamantopoulos, lo seleccionó. Y no se equivocó, porque quien más tarde sería denominado por la historia contada en Inglés como Spiridon Louis, ganaría el primer maratón olímpico en medio de la algarabía de toda su nación y ante más de 70 mil ansiosos espectadores.

Pero, ¿fue realmente un maratón? La denominación hoy la aplicamos a pruebas de exactos 42.195 metros. Pero en aquella primera cita olímpica, el cometido era rememorar la heroica gesta del guerrero Fidípides: según cuenta la leyenda, en el año 490 a. C. el soldado corrió como un condenado desde el Puerto de Maratón hasta la colina de la Acrópolis en Atenas, para anunciar a la polis el triunfo de Milcíades sobre los persas. Y recorrió 40 kilómetros.

Es por ello que aquel primer maratón olímpico emuló el camino de Fidípides y fue, justamente, sobre 40 kilómetros. Spyros Loues los recorrió en dos horas , 58 minutos y 50 segundos.

¿Cuándo y por qué se adoptaron los 42.195 metros actuales? A través de la historia olímpica, la prueba sufrió varias modificaciones, pero la longitud moderna se instaló a partir de los Juegos Olímpicos de Londres 1908, por una flemática razón: esa era la distancia entre el Palacio de Buckingham y estadio olímpico de Londres.

HAJOS, A MAR ABIERTO

En la natación actual, las pruebas que se desarrollan fuera de la alberca se denominan “aguas abiertas”. Sin embargo, en Atenas 1896, todo el programa de nado se efectuó a mar abierto en el Mediterráneo, con temperaturas despiadadas de 10 grados Celsius.

En la Bahía de Zea y en medio de olas de hasta cuatro metros de altura, el triunfo de Alfred Hajos en los 100 metros libre se alzó como la primera victoria de la natación olímpica, tras 1.22 minuto de braceo contra corriente. Pocas horas después, tomando la providencia de cubrir su cuerpo con una capa de grasa en el que sería un vano intento de combatir el frío, se adentró nuevamente en el oleaje para nadar los 1.200 metros, anotando su segunda victoria y convirtiéndose en una de las leyendas de Atenas 1896.

DE BURKE A BOLT

Desde los albores olímpicos, el hectómetro atlético ha sido un evento emblemático. Y tanto así que la primera prueba de los Juegos de 1896 fueron justamente las series de 100 metros. Fueron 21 velocistas que divididos en tres heats, buscaron su cupo para la final. El estadounidense Thomas Burke ganó esa primera definición de cinco anillos con un crono que para entonces era fabuloso: 12.0 segundos...Fue en pista de ceniza, con partida de pie, sin tacos de salida, sin fotofinish y con atletas amateurs en todo el concepto de la palabra.

Entonces, si a toda velocidad nos trasladamos al concepto moderno del sprint, vemos que el tono cambia del sepia al full color en centésimas: ahora que se corre en pistas sintéticas, con fotofinish, con tacos de salida y con un nivel de profesionalismo que está permitiendo llegar ya a las fronteras del rendimiento humano. Así, en los Olímpicos de Beijing 2008, el jamaicano Usain Bolt ganó con un crono impresionante de 9.69 segundos, marca que él mismo rebajaría un año después para dejarla en 9.58.

Si consideramos el crono del triunfo olímpico de Bolt con 9.69 y la comparamos con los 12 segundos del triunfo de Burke, tendremos que reconocer en 112 años de historia olímpica moderna el progreso deportivo del ser humano, dado tanto por el avance de la infraestructura, como de la alimentación y del progreso de los sistemas de entrenamiento, ha registrado un alza de nada menos que un 20 por ciento. O sea, a años luz.

EL DISCÓBOLO... DE BALTIMORE

Robert Garret era un acomodado estudiante de Princeton, con peculiares capacidades para el atletismo. Era balista y en tal condición decidió partir a Grecia a esta inédita fiesta que representaban los Juegos Olímpicos. Su profesor William Milligan lo instó a competir también disco y de hecho mandó a hacer uno a una herrería, pero como el grotesco implemento que le dio el herrero pesaba 14 kilos, desechó la idea.

Sin embargo, cuando Garret llegó al estadio Panatinaiko de Atenas, vio que el disco con que se competía pesaba apenas dos kilos y entonces decidió entrar en la lid, casi a manera de diversión. Entró entonces al foso y observó que los competidores griegos comenzaron a lanzar siguiendo el estilo que insinúa la afamada escultura del discóbolo de Mirón: en cada envión se levantaban y giraban siguiendo la postura clásica...no llegaban muy lejos con el disco, pero era una bella exhibición.

Garret, en cambio, tomó el disco con la mano derecha y comenzó a girar sobre sí mismo con mucha velocidad, antes las risas de los espectadores dada la tan poco estilosa manera. Y en su tercer turno mandó el platillo metálico a 29.15 metros...Sin mucha belleza técnica, pero con suficiente efectividad como para llevarse el título olímpico.

Luego, el estadounidense ganó la bala con 11.22 metros, en una muestra más del amateurismo reinante, que en esos años permitía a un mismo atleta dominar en dos pruebas muy diferentes. Hoy, el grado de especialización es tan alto, que la hazaña de ganar bala y disco por un mismo lanzador, resulta impensable.

En cuanto a las marcas, lo de Garret remarca el progreso sideral evidenciado en más de un siglo de historia olímpica: entre los 29.15 de 1896 a los 68.82 metros del estonio Gerd Kanter en Beijing 2008, el guarismo ha mejorado en nada menos de un 42 por ciento. Y entre los 11.22 en bala y los 21.51 del polaco Tomas Majewski en China, el avance es de un 52 porcentual.

Así comenzó a escribirse la historia olímpica, con pruebas, rendimientos y estilos que hoy se nos antojan inverosímiles, pero que en aquellos albores del deporte fueron la gloria misma. Muchos de aquellos magníficos eventos hace tiempo ya que se olvidaron, pero la leyenda siempre guardará un lugar para los héroes en sepia.

RECORDANDO A PAAVO NURMI

Paavo Nurmi es hoy un mito. Pero en aquellos albores olímpicos fue realidad pura y a todo color. Fue estrella, odiado por sus rivales y amado por la muchedumbre enloquecida por su ritmo demoledor. El gran fondista finlandés reinó durante un período en que el atletismo recién comenzaba a establecerse, cuando los eventos empezaban recién a normarse con la drasticidad actual, y en el que muchos de los grandes hitos se marcaron en pruebas que hoy han desaparecido.

Nurmi estaba condenado al éxito: no pasaba los ocho años cuando su padre, un pobre ebanista de Turku, pueblo perdido en la helada Finlandia, falleció. Desde entonces, el jovencito debió desarrollar una capacidad física muy importante, cargando y descargando pesadas mercancías en la estación de tren, a cambio de algunas monedas para la sobrevivencia. Su espíritu se curtió en el esfuerzo. Quizá por ello es que Paavo Nurmi pudo desarrollar una capacidad aeróbica hasta entonces desconocida.

El máximo medallista olímpico del atletismo cosechó 12 preseas entre los Juegos de Antwerpen 1920, París 1924 y Amsterdam 1928; batió 20 récords mundiales, en las tradicionales distancias de 1.500, 5.000 y 10.000 metros, y en las menos conocidas y hoy ausentes del programa olímpico, de las cuatro millas, de las cinco millas, y de los 15 kilómetros.

CURIOSAS PRUEBAS EN SEPIA

¿Sabía que en los primeros años del deporte mundial, la bala, el disco y jabalina se lanzaban a doble mano; que los saltos alto, largo y triple se desarrollaban sin impulso,

y que incluso en una edición de los Juegos Olímpicos se desarrolló el evento del lanzamiento de la piedra?

Hoy, los conocimientos de la Física y estudio biomecánico del cuerpo, han permitido establecer aquellas pruebas que resultan mecánicamente más naturales y por lo tanto, con mayores posibilidades de alcanzar altos rendimientos. Pero en aquellos años primeros del deporte mundial, el programa estaba poblado de eventos que hoy parecen francamente insólitos.

Sorprende el caso del tiro de la piedra, sólo efectuado en los Juegos de Atenas 1906 y cuyo ganador fue el griego Nicolaos Georgantas con un envión de 19.925 (19.92 según la medición actual). La plata fue para el conocido Martin Sheridan de Estados Unidos con 19.035, quien pasó a la historia por otro logro: campeonó en tres ediciones seguidas de los Juegos, en lanzamiento del disco.

El envión de la piedra no volvió a efectuarse pues claramente era imposible uniformar un implemento tal. La bala y el disco le ganaron el terreno hasta nuestros días.

También existieron los saltos sin impulso, pero rápidamente fueron desterrados. Es que pasar de velocidad cero a elevarse por los aires sin carrera previa, es físicamente atentatorio contra las posibilidades humanas. Sin embargo, el salto alto sin impulso se desarrolló entre 1900 y 19012 y el estadounidense Ray Ewry ganó cuatro ediciones olímpicas, con un máximo brinco de estilo ventral de 1.65 metro. A la par, se efectuaba el salto con impulso, donde el también norteamericano Irving Baxter se impuso con 1.90 metro, mostrando la enorme diferencia que hace la carrera preparatoria de impulso.

Lo mismo ocurría en el salto de longitud: Ewry ganó en San Luis 1904 con un vuelo de 3.47 metros. Y para hacer el parangón: en el salto largo con carrera, el astro de aquel año fue el estadounidense Myer Prinstein con 7.34 metros...es decir, casi el doble.

Y en el terreno de los enviones, los Juegos de Estocolmo 1912 evidenciaron la obsesión nórdica por los lanzamientos y prueba de ello fue la inclusión, por única vez en la historia olímpica, de los tiros a doble mano. Consistieron en lanzar primero con una mano, y luego con la otra, venciendo quien lograra la mejor sumatoria.

Como ejemplo, en la bala a dos manos, el estadounidense Ralph Rose ganó la cita sueca 27.70 metros. Al año siguiente dejó el récord mundial en 28.00, lanzando 15.39 con la derecha y 12.61 con la izquierda. Tres temporadas antes, él mismo había establecido el récord mundial en el lanzamiento común, con 15.54 metros.